

Crítica de Teatro

“Martín Rivas”

Adaptación Teatral de Santiago del Campo

- Dirección: Juan Pablo Donoso
- Escenografía e Iluminación: Remberto Latorre, Vicky Herman
- Coreografía: Hiranio Chávez
- Reparto: Jaime Azócar, Osvaldo Lagos, Enrique Heine, Gabriela Medina, Cecilia Cucurella, José Soza, Maruja Cifuentes

Angélica Lavados Silva



JAIME AZOCAR (*Martín Rivas*) y Cecilia Cucurella (*Leonor*) en una escena de la obra montada por el Teatro Nacional Chileno.

Una difícil tarea es la que emprendió el Teatro Nacional al llevar al escenario una obra como “Martín Rivas”. Sus riesgos se deben a la marcada estructura novelesca del retrato romántico, costumbrista y social creado por Alberto Blest Gana, con personajes ya “imaginados” por distintas generaciones en nuestro país. También las notorias dificultades de tipo teatral que presenta, en orden a representar fluidamente las distintas variantes con proyecciones de retrato de una época que el creador de este personaje impuso a la obra.

La puesta en escena de la adaptación de la novela hecha por Santiago Del Campo es digna. No existen graves errores de tipo profesional en torno al grupo humano que ha entregado su esfuerzo para revitalizar este trozo de pasado y de un personaje tan nuestro como es Martín Rivas. Sin embargo, la obra estrenada en nuestra capital dista de conseguir, en términos generales, todo lo que encierra esta creación literaria.

“Martín Rivas” sólo en algunas de sus partes se manifiesta como documento teatral que ha recogido una atmósfera de un período con todas las implicancias humanas e históricas. Más bien se queda y pone énfasis en las aventuras que sufre el provinciano a la llegada a la capital y en su encuentro con un amor que considera imposible. En ese sentido, esta obra es instructiva a un nivel juvenil.

Las limitaciones que entraban un resultado exitoso, en lo general, también se relacionan con la extensión, ritmo y desarrollo teatral de la obra. Estos factores no convenientemente pulidos ocasionan que se lesione lo referente al aspecto entretenimiento. La excesiva duración, tanto de la obra en su totalidad,

como específicamente en algunos episodios, originan que el atractivo se diluya. La carencia de una depuración y del uso de recursos teatrales como medios para conseguir una efectiva síntesis de personajes y situaciones, decaen la atención de los espectadores.

El desarrollo temático, en tanto, no siempre consigue una necesaria progresión, sino que en este aspecto existe una linealidad, sobre todo en su primer acto, que provoca la estructuración de sucesivos cuadros, pero monotonía en la acción misma.

Estas circunstancias determinan una obra teatral que no llega a ser apasionante, sino que tiene un interés discontinuo. Sus resultados son dispares y, por lo tanto, globalmente precarios.

Algunos de estos factores mencionados, estimamos, obedecen a una dirección teatral que no ha consolidado en forma correcta las posibilidades y limitaciones de la obra y tampoco ha introducido innovaciones representativas que permitan agilizar el ritmo teatral, captando la atmósfera de una época.

En la interpretación existen inexplicables debilidades que juegan en contra de la necesaria naturalidad y delineación de personajes. En el rol principal, Jaime Azócar ofrece un Martín Rivas encauzado en el aspecto romántico del personaje, pero sus proyecciones en cuanto a la participación de éste en el proceso histórico que se vivía en el Santiago de esa época (el alzamiento liberal de 1851 con todas sus características de movimiento revolucionario-cultural) no están elaboradas en forma plena. También da la impresión que el actor se desenvuelve mejor en situaciones que no

exigen un esfuerzo dramático muy intenso.

Cecilia Cucurella en el papel de la orgullosa Leonor logra una caracterización sobria, acertada, al igual que Enrique Heine como don Dámaso Encina, quien retrata ese personaje criollo que está en política por conveniencia en forma fidedigna y valedera. También pensamos que José Soza tiene una acertada actuación en su interpretación del “afrancesado” Agustín, que le permite un despliegue de recursos. Si bien pareciera que el enfoque de este personaje es exagerado y caricaturesco, dada las características de la obra, éste se convierte en uno de los elementos netamente entretenidos de ella.

En el análisis del trabajo interpretativo es notoria la debilidad del personaje Doña Engracia (Gabriela Medina) que no refleja la psicología que se deseaba presentar y cuya presencia en el escenario no tiene mayor significación. En cuanto a los demás actores pensamos que destacan Maruja Cifuentes como la casamentera de “medio pelo” cuya única meta es casar bien a sus hijas y Alfredo Mendoza como Amador (Aunque aún tiene una teatralización excesiva).

La solución escenográfica de 19 cuadros en dos actos la estimamos que va en detrimento de la continuidad de la acción y cabría preguntarse si no hay posibilidad de una mayor unidad en este sentido. Cansa el continuo ir y venir desde una plazoleta al interior de la casa de don Dámaso y viceversa.

Un cuidado vestuario, una adecuada iluminación y una conveniente utilización de grabaciones, merecen destacarse.